

TRIBUNA DE LA VANGUARDIA

El difícil arte de ser liberal

Ejercicios de democracia

Deseo de una mayoría

UNO de los problemas de todas las democracias es el de la asimilación natural de los grupos políticos marginales, los llamados grupúsculos o minorías extraparlamentarias, que se distinguen por un dinamismo y una voluntad de presencia con los que intentan compensar su inferioridad numérica.

Si en las democracias maduras y con tradición, esta situación llega a veces a extremos de áspera dificultad, imaginemos lo que representa en una democracia naciente, frágil y vacilante como la muestra, falta del equilibrio cívico y del rodaje necesario que las hacen estables.

Estos grupos sólo se disuelven sin mayor peligro en el contexto social, si se fortalece el papel de las instituciones eminentemente políticas y de los partidos que han obtenido el consenso mayoritario de la población. Es decir, que las elecciones son, no solamente una delegación popular para legislar, sino una afirmación rotunda de la opinión pública. Para ello hay que evitar que proliferen las mascaradas callejeras, la insistencia en una representatividad que no existe, la falta sistemática de respeto a las instituciones nacidas auténticamente del pueblo.

Cuando existe un Parlamento que ha podido ser libremente elegido, la misma palabra extraparlamentario lo dice todo: es el rencor de la minoría infima no necesariamente de izquierdas o de derechas, frenética y radicalizada, psicopática a veces, estéril y peligrosa siempre. Los grupos marginales han probado fortuna en las elecciones y la brutal derrota les ha apartado de la esperanza, o la propia conciencia de su escaso número les separa de los comicios. De una manera u otra, coinciden en adoptar esa actitud que en nada favorece al desarrollo armónico de la sociedad.

España sufre ahora los zarzapos de estas minorías siempre insatisfechas, excitables y excitadas. Con violencia o entorpeciendo simplemente todos los proyectos de tarea común. Algo que debe cortarse con energía, porque es el futuro de la libertad el que está en juego. Los partidos políticos no pueden caer en la trampa del miedo a los ataques del radicalismo inoperante. Han de ser los primeros en defender la operación de la democracia. Porque si el grito, el denuesto, la piedra y el cóctel Molotov de unos pocos hacen la ley, ¿para qué sirvió el voto de los muchos?

Lecciones

LOS incidentes callejeros del pasado fin de semana, en Santander, traen cola. El Congreso ha nombrado una ponencia que informará sobre el asunto, mientras el ministro del Interior ha ordenado que se abra una investigación. Afortunadamente, la sangre no llegó al río; el diputado socialista señor Blanco, hombre joven y fornido, se encuentra en perfecto estado de salud. Las supuestas agresiones verbales, sin duda, son las que hicieron mayor mella en el político montañés.

Lo que interesa en este caso es que quede muy claro la inmunidad parlamentaria de que gozan los representantes del pueblo y también los límites que, en la actuación de la autoridad, impone el respeto de los Derechos Humanos. Son lecciones que hay que aprender si queremos afianzar el sistema democrático, cuya práctica, por otro lado, sabido es que no se adquiere de la noche a la mañana, sino mediante un necesario rodaje previo, oportunidad que reivindicaban los españoles para poder echar a andar.

Bien está, pues, que de un suceso como el que comentamos se extraigan provechosas enseñanzas cívicas; pero tampoco es cuestión de desorbitar los hechos y suscitar consecuencias catastróficas. Bastantes son las situaciones conflictivas que, en la normal andadura de estos tiempos, tenemos que sortear. Los diputados socialistas piden, al parecer, la dimisión del ministro del Interior. Están en su derecho; pero se nos antoja una exageración. Consideráramos suficiente que del lamentable incidente que nos ocupa surja una normativa con relación a la utilización de la fuerza pública, más idónea con las nuevas circunstancias, pero sin que por eso —como muy bien dice el señor Martín Villa— tenga que sufrir la moral de los guardadores del orden que, también en democracia, son imprescindibles. Porque, desgraciadamente —y esto lo vemos a diario aquí y en las democracias más antiguas— no faltan quienes buscan la ocasión de que la sangre llegue efectivamente al río. Y de lo que trae la violencia, tenemos, eso sí, tremendas lecciones aprendidas que conviene tenerlas presente en la memoria para impedir que nos vuelvan a arrastrar donde no queremos.

DE vez en cuando, en la sección de «Cartas al Director» de los periódicos «liberales», suelen aparecer escritos insolentes de la extrema derecha. Por lo general, son papeles bobos, de una demagogia fatigada, y que uno nunca acaba de leer. Lo curioso del episodio es que, para empezar, los autores de dichas cartas emplazan al director del periódico, precisamente, en su condición de «liberal». El texto es sistemáticamente provocativo, o absurdo, y se presenta como un reto. Más o menos así: «A ver si usted, que tan democrata y tan liberal dice que es, se atreve a insertar estas líneas en su diario o en su revista...» Se trata, en efecto, de un rollo antidemócrata y antiliberal. Por lo que puedo observar, los directores de estas publicaciones acostumbran a demostrar que son lo que son, y las relaciones y los argumentos de los «ultras» siempre encuentran un espacio afectuoso. O casi siempre. Si no se trata de una imbecilidad fuera de medida, se aprovechan de la tipografía liberal. A menudo vale la pena practicar esa condescendencia: el texto en cuestión se refuta a sí mismo con una sola lectura elemental. Pero hay que guardar las formas.

El «liberalismo» es, ante todo, un compromiso «formal». ¿No iba por ahí la crítica de Marx? Sólo que las «formas», una vez aceptadas, obligan: a mucho o a poco, pero obligan. Las llamadas «libertades formales» igual sirven para unos que para otros, fascistas, ácratas, comunistas, vecinos, odontólogos, tenderos, proletarios, registradores de la propiedad, curas, capitalistas nacionales o multinacionales. Teóricamente. En la práctica, el lío es increíble. Pero el recurso a «pedir la palabra», y a que a uno le sea cedida, en el papel impreso, depende de raras oportunidades, aquí y en todas partes. Una de ellas es la «prensa liberal». Los liberales, por sus propios principios, se ven encerrados en el círculo vicioso de la «libertad». Hablo en términos asépticos, hasta donde puedan serlo. Cuando nos evadimos de las dictaduras sistemáticas, ¿qué nos queda sino el residuo «liberal»? Los «no liberales» no toleran la objeción. Por eso, en sus revistas —me refiero a las de la extrema derecha— sólo aceptan «cartas al Director» que sean favorables a sus directrices ideológicas. Publican los aplausos, las adhesiones, la genuflexión.

Yo, más de una vez, sobre el tema, he aportado el testimonio de un olvidado «ultra» francés, Louis Veulliot. No respondo de la ortografía del apellido, dicho sea de paso. Era un autor muy citado en «El Mensajero del Corazón de Jesús» y en «El Siglo Futuro», y en «Acción Española». Nunca presté mucha atención a las letras, y ahora lo lamento. ¿Veulliot? No importa: alguien. Cuyo argumento era éste: «Tú, como te afirmas liberal, y precisamente porque eres liberal, has de respetar mi libertad, aunque yo esté en contra

de cualquier libertad; si un día mando yo, como soy antiliberal, no sólo no te toleraré, sino que te condenaré a la hoguera, como en los buenos tiempos del Santo Oficio». No es una cita textual, ni mucho menos. Pero tampoco hace falta que lo sea. La experiencia demuestra que así ocurre lo que ocurre. Cuando tienen la sartén por el mango los «liberales», hay que darles una opción a todos, hasta a los «antiliberales». Cuando los «antiliberales» mandan, se acabó todo: el totalitarismo fascista —y el estalinismo— formalizaron la cosa. De hecho, ser «liberal» es ser tonto. Los supuestos «liberales» con censura y policía no son «liberales». Son otra cosa.

La contradicción, explícita, no es nada del otro jueves. Viene de antiguo. Y viene de ambos lados: de ambos frentes. La extrema-derecha y la extrema-izquierda coinciden, graciosamente, en reclamar «libertad» mientras no poseen el poder, y en negarla en cuanto «dominan» de alguna manera. Puede que eso sea inexcusable, y que, para ir hacia adelante, en política, haya que sacrificar la «libertad». Bien mirado, la «libertad» es una entelequia: sólo hay aproximaciones de «libertad», cuando hay suerte, y siempre es libertad para unos y no para todos. Los «liberales económicos», hablando de sus «libertades», son el demonio: no engañan a nadie, o sólo a Adán y Eva pazuatos y consumistas, poco pazuatos y preconsumistas, en definitiva. Lo que la actualidad impone es la figura del «liberal político». ¿Queda alguno? Educado con reminiscencias de zarzuela, mi inclinación es a dudar. Lo cantaban las compañías de Madrid y provincias: «La Gran Vía». Para los chicos de hoy «La Gran Vía» y el «Cantar del Mío Cid» constituyen ignorancias académicas estrictas. En «La Gran Vía», con una música «ratonera», celebraban al general Espartero: «¿Liberal, liberal? ¡Ya no hay de ese percal!» Espartero tuvo tanto de liberal como yo de arzobispo. Ya me dirán ustedes lo que eran los otros: los de su derecha...

¿Y los de la presunta «izquierda»? Buena voluntad, sí que la hubo. Pero las «condiciones objetivas», como dicen marxistas y marxianos —y marcionos—, no les fueron favorables. Procuraron ser «liberales», aunque no lo eran demasiado, y tropezaron con piedra: con la «caverna». Ahora los calificamos de «ultras»; entonces les llamaban «cavernícolas», que resultaba más bonito y más hilarante. Personalmente, propondría la resurrección del vocablo... Pero a lo que iba: aquí, ni un solo «soi-disant» «liberal» pudo ejercer como tal. Da mucha pena pensar que, en las listas de mandamases del Estado español, reciben la etiqueta de «liberales» señores como el general Espartero, don Práxemes Mateo Sagasta, el conde de Romanones o Miguelito Maura. Afortunadamente, don Salvador de Madariaga mandó poco: titulado «liberal», fue el inventor de la «de-

mocracia orgánica» de los Cuarenta Años, y sigue en sus trece... La «izquierda» verdadera, los partidos de clase; pensaban hacer la revolución día sí, día no. Se equivocaban: las dichas «condiciones objetivas» ni eran «condiciones» ni mucho menos «objetivas». La Guerra de España las desmentía. Ganó quien tenía que ganar: a posteriori, que es como se escribe la historia, la cosa no admite dudas. La «victoria» estaba decidida al día siguiente del alzamiento militar. Ocurrió lo que ocurrió porque las cosas son como son.

Y siendo las cosas como son, nadie pudo sorprenderse con los saldos electorales del último junio. El voto fue mayoritariamente «antifranquista», pero poco: el voto interclasista se apuntó a los programas moderados, y casi todos lo eran. Entre apoyar a González o a Suárez mediaba el canto de un duro. Estoy exagerando, desde luego. Pero no demasiado. Y, en última instancia, no estoy seguro de que Suárez y González hayan «ganado» mucho. El terrorismo «cavernícola» sigue haciendo de las suyas, sin que nadie lo pare. Mi librería habitual, «Tres i Cuatre», de Valencia, acaba de padecer su décima bomba fascista, y ni ésta, ni las anteriores, nunca serán aclaradas por la comisaría del distrito. ¿Que hay otro terrorismo de signo contrario? Por de pronto, nunca se sabe si es de «signo contrario». Ciertas impunidads son muy sospechosas. ¿El Estado de que formamos parte y del que somos contribuyentes es un «Estado de Derecho»? Y, de paso, me permito insinuar mi alarma ante las aclamaciones de la «amnistía total». Las almas cándidas que profieren el eslogan están avalando el terrorismo cavernícola. Hagan ustedes la cuenta, y verán que, en última instancia, difunto más, difunto menos, es la protegida extrema-derecha la que lleva la ventaja. ¿Quién la protege? Las explicaciones, que nadie pide de momento, tendrían que venir desde muy arriba: desde arriba de todo. Pero eso sería pedir demasiado...

Vuelvo a lo de Veulliot. El fascista permanente, e «imposible el ademán» (¡pobre Dionisio!), exigirá al liberal que sea liberal hasta las últimas consecuencias: la de tolerarle sus barrabasadas. Cuando el facha recobre el poder —eventualidad no despreciable—, no sólo los «liberales», sino el resto hacia la «izquierda», volveremos a ser víctimas desgraciadas. Como en los Cuarenta Años, y quizá peor. Yo no soy un entusiasta de la «democracia burguesa», pero menos de una piedra. Lo que me horripila es que esa «democracia», tan rígida contra los izquierdosos agresivos, sea tan amistosa con la «caverna». Ya sé que ha de ser así. Sólo que ¿por qué no guardan las «formas»? Ya podríamos acabar nuestra vejez nostálgica con una «democracia formal», por lo menos. Pero ni eso...

Joan FUSTER

CARTAS DE LOS LECTORES

ESTAN EN LIBERTAD

Señor Director: En el periódico que usted dirige, en fecha de 30 del corriente mes, se ha publicado una noticia que afectándonos a los abajo firmantes resulta incompleta, y por ello perjudicial para los mismos, por lo cual remitimos la presente con ruego de publicación.

Es cierto que el pasado sábado día 27, fuimos detenidos por la policía gubernativa por supuesta participación en algaradas callejeras, y posteriormente puestos a disposición judicial, pero es igualmente cierto que fuimos puestos en libertad por el juez de guardia, el domingo día 28, ya que a su juicio no existían motivos de inculpación alguna, apreciación que refleja exactamente la realidad.

Francisco José GUILLEN ROSSELL
Jorge REDONDO SORIANO

EL DESNUDISMO, CONTRARIO A LA LEY DIVINA-NATURAL

Señor Director: Sigue avanzando impunemente la inmoralidad pública con acusado libertinaje, centrado este verano principalmente en el desnudismo integral.

¿Qué porvenir espera y merece la humanidad, que desafía insistentemente a la propia Ley Divina que es la Ley Natural? Los cristianos, y más concretamente los católicos, estamos asistiendo a un lamentabilísimo fenómeno de decadencia moral, sin ofrecer la debida resistencia, incluso acomodándonos a él como inevitable y pensando que, a la larga, es un simple cambio de costumbres que, una vez adaptados, no tendrá mayor importancia.

Las consecuencias serán gravísimas (ya lo palpamos), e irreparables. Reflexionemos seriamente y seamos consecuentes:

Adán y Eva, al pecar, sintieron vergüenza de su desnudez, de la que antes les preservaba su estado de inocencia. Abrieron los ojos a ambos —dice la Sagrada Biblia—, y viendo que estaban desnudos, se cubrieron y se escondieron. (Génesis, 3.7). Yavé Dios, llamó a Adán y le dijo: ¿Y quién te ha hecho saber que estabas desnudo? La respuesta y causa es la pérdida de la inocencia.

Noé, se embriagó y quedó desnudo en medio de la tienda. Le vio su hijo Cam y fue a decirselo a sus hermanos (para que lo vieran); éstos tomaron el manto, se lo pusieron sobre los hombros, y yendo de espaldas, vualto el rostro, cubrieron sin verla, la desnudez

de su padre. (Génesis 9,21-25). Podríamos seguir citando pasajes de la Sagrada Escritura.

Todo está impreso en la Ley Natural: el pudor que sentimos cuando perdemos la inocencia.

Esto se ve más patente en los pueblos sin civilizar o poco civilizados. No practican el desnudismo integral, como no sea esporádicamente, cuando equipos informativos les preparan para filmar películas que luego nos presentan en el cine o la televisión.

He vivido varios años en la Guinea Ecuatorial, y puedo asegurar que nunca presencié desnudos totales públicamente, sino al contrario, me consta la resistencia de mujeres indígenas a descubrirse ante el médico que tenía que atenderlas en circunstancias graves; lo cual pone bien de manifiesto el pudor natural.

La «civilización» lo invierte, denominándolo «tabú» ya superado e intenta promover las mayores aberraciones como, por ejemplo, alardear de ser adúlteros (que también los salvajes condenan a tormentos y torturas), ridiculizar la virginidad, etc., etc.

¿Creen los católicos y no creyentes honrados, que el libertinaje que va consiguiendo todo esto, quedará saciado y satisfecho y no seguirá la escalada para alcanzar nuevos y más degradantes objetivos? Es necesario ser muy ingenuos para pensar así. Continuará con más bríos, animado por lo ya logrado, hasta la degradación total del hombre que, en lugar de conseguir así la ansiada felicidad, se precipitará en la desesperación, porque en el pecado llevará la penitencia y la propia Ley Natural se cobrará inexorablemente lo que contra ella se hace.

Bien claro dicen las estadísticas que el porcentaje mayor de desesperados lo tienen los países nórdicos con mayor progreso material, que desprecian olímpicamente la Ley Divina Natural.

Grave responsabilidad de las autoridades civiles y eclesiásticas ante Dios, pues de Dios les viene la autoridad, si no hacen lo que puedan para evitarlo; y a los católicos de fila, si con nuestra actitud y conducta no nos oponemos, rechazando de plano estas demoleadoras costumbres, obra de los mismos demonios, encarnados en los enemigos de Dios, que no pretenden otra cosa que la destrucción de la religión y buenas costumbres, haciendo nos desgraciados, hasta en lo humano, especialmente a los jóvenes, deslumbrados por el halago a favor de todas las pasiones, buenas en sí mismas, pero degradadas por la finalidat perseguida. Y en cuanto a un catolicismo raquítico y vergonzante que ciertos sectores vegeta, ¿no es alarmantemente sintomático

co que, a medida que crece la ola de pornografía, que tanto se apoya en la imagen, se hayan retirado para que se pudran en el desván, tantas imágenes sagradas devotas y artísticas, que hasta hace bien poco daban su adecuado ambiente de piedad a nuestros templos?

Los pueblos no se pierden por débiles, sino por viles, y el degradar las pasiones, satisfaciéndolas sin miramientos ni limitaciones, envilecen, incapacitando para luchar por valores morales y espirituales, con lo cual se asegura el enemigo la victoria por anticipado.

Es necesario obedecer a Dios antes que a los hombres (Act. 5,29); por lo que, en estos tiempos en que hasta los miembros de la Iglesia abogan por la separación del Estado (opinión falsísima y perniciosas, según León XIII, San Pío X y Pío XII), puede ocurrir se promulguen leyes incompatibles con la doctrina católica, en cuyo caso hemos de obedecer a Dios antes que acatar la ley.

Si lo dicho sirve para llamar la atención y salir de la modorra en que pelagra caigamos, principalmente los católicos, me daré por satisfecho de esta pequeña aportación al bien común espiritual.

Pedro ARNAIZ FERNANDEZ

LA POBLACION MUNDIAL Y SUS NECESIDADES

Señor Director: Le agradecería que me publicase esta carta en contestación a la de don M. Bordes.

Todos somos libres, al menos potencialmente, de exponer nuestros puntos de vista sobre aquellos temas que nos son más cercanos y que están estrechamente vinculados a nosotros.

Sin embargo, no tenemos ningún derecho, por respeto a la verdad y a los demás, a lanzar afirmaciones gratuitas que no responden a la realidad. Pienso que tal vez se ha equivocado Ud. al escribir que la mitad de la población mundial pasa hambre o, simplemente, no se ha preocupado de verificar tan luminoso pensamiento. Le proporcionaré un solo dato respecto a las posibilidades actuales de nuestro planeta que espero será de su interés:

La dieta anual de un norteamericano medio requiere solamente 1.990 m.2 de tierra cultivable. Tal extensión de terreno suministra alimentos, fibras textiles, tabaco y grano para hacer bebidas y ser destilado. A ella hay que añadir otros 250 m.2 de terreno forestal que produzca madera y pulpa de madera. De estos datos se deduce que la tierra podría suministrar recursos agrícolas (a los niveles actuales de los Estados Unidos) y fores-

tales (a nivel de Europa Occidental) para 35.000 millones de personas, es decir, diez veces la actual población del mundo. Estos datos están hechos conforme al nivel de consumo de los Estados Unidos (la dieta del norteamericano es una de las más abundantes y caras del mundo) y teniendo en cuenta la tecnología actual. No obstante, si todo el mundo prefiriese alimentarse como lo hacen los japoneses, podría mantenerse una población tres veces superior a la antes citada. Si, por otra parte, de los 2.300 m.2 necesarios para cubrir las necesidades de una persona (con arreglo a los niveles de consumo norteamericanos) se excluye la tierra necesaria para alimentar el ganado que se cria en pastos y sólo se mantiene la que se alimenta de grano, las necesidades de tierra cultivable por persona quedan reducidas a 1.424 m.2, esa superficie es capaz de suministrar alimentos a 39.000 millones de seres humanos (referido siempre a la dieta EE.UU.).

Si actualmente existe algún problema, éste es de índole económica y política, o sea, mala organización y mala distribución. El problema no es demográfico.

Domingo CRESPO

UNA SUGERENCIA

Señor Director: Una sociedad civilizada suele disponer distintamente sus órganos de aplicación en espacios separados, aunque si comunicados con un centro superior que los relacione.

Por esto en el ámbito de la ciudad es servidumbre contener dentro de sus cuadros un lugar, cual la cárcel, donde permanezcan aquellas personas que, por su proceder antilegal, cuanto menos en presunción, se han de tener en buen recaudo.

Los ciudadanos tienen que cargar con esta conveniencia; aunque separada, no por esto menos cercana. Ahora bien, es de buen tono que la autoridad carcelaria haga sufrir a los ciudadanos de los alrededores las menores molestias posibles que con aquella se enlacen.

¿No hay manera práctica de evitarles la molestia diaria de la nominación de los pupilos ubicados en el patio, cuando con voz potente y clara un funcionario va llamando, uno a uno, para una u otra función a la que son requeridos?

A los vecinos les deprime el ánimo tal proceder, aparte las molestias que tal actitud les produce.

La categoría de la ciudad y el buen tono del barrio lo requieren.

UN VECINO DEL BARRIO

(Más cartas en la página siguiente)